

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 717

Madrid, 21 de Febrero de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

Conferencia de Pastores

Si el Señor no dispone otra cosa y la tierra no cambia de rumbo, dentro de un mes se estará celebrando la Conferencia de Pastores, en Valencia, primera de esta clase que se celebra. La Iglesia Evangélica Española ha celebrado muchas Asambleas; la Iglesia Reformada, muchos Sínodos; los *hermanos*, muchas conferencias de verano; los Bautistas, varias Convenciones; la Alianza, tres Congresos... pero una Conferencia interdenominacional y exclusivamente de pastores evangélicos para tratar de asuntos que afectan a toda la Obra en general, creemos que es la primera que va a celebrarse, y ya sólo por esto debiera merecer las simpatías y las oraciones sinceras de todos los creyentes y la adhesión y entusiasmo de todos los pastores. Bueno es hacer constar que esta Conferencia no es de iniciativa de la Alianza Evangélica, aunque sea ésta la que la prohije; no está de más decir que tampoco responde a un gesto de buen humor de algunos idealistas, aunque estén en ella interesados. Fueron los mismos pastores evangélicos que asistieron al último Congreso los que, a la vista de los importantes asuntos que la marcha de las cosas está planteando, acordaron por unanimidad, *sin un solo voto en contra*, pedir a la Alianza Evangélica que para este año convocara y organizara una Conferencia de Pastores. La Alianza no podía ser descortés ante este acuerdo, y lo tomó y lo va a llevar a la práctica, demostrando de este modo el respeto y el afecto que le merecen los pastores evangélicos todos, sin distinción. Toca ahora a los señores pastores hacer honor a su acuerdo y demostrar con sus hechos que no procedieron de ligero ni obraron irreflexivamente al tomar esta resolución y poner este compromiso sobre la Alianza. Estamos bien seguros de que los pastores todos, sin distinción también, rubricarán y confirmarán ahora el acuerdo que antes tomaron. ¿Qué pensar, si no, de su seriedad, de su celo santo, de su interés por las cosas de Dios? ...

Porque son las cosas de Dios y no las de los hombres las que motivan la celebración de esta Conferencia. En otra parte de este número repetimos la lista de asuntos que van a ser objeto de estudio. Y si cualquiera de ellos justificaria la celebración de la Conferencia, ¡júzguese lo justificadísima que estará cuando los asuntos son varios, y todos ellos de altísimo interés!

Miremos al que va en primer término: «La evangelización de las regiones no evangelizadas de España». ¿Hay alguien que regatee la importancia de este asunto? ¿Hay alguien que niegue que es llegada ya la hora de acometerlo? ...

Desde los últimos días del año 1868 y primeros del 69, en que comenzaron a predicar el Evangelio en España los Ruet, Carrasco, Vallespinosa, Cabrera, Alhama, Eximeno y otros, hasta nuestros días, han transcurrido cerca de setenta años, y cuando miramos a nuestro país y vemos hasta dónde alcanza el campo de evangelización, ¿podemos sentirnos satisfechos? De ningún modo. Ni siquiera medianamente satisfechos. De las cincuenta capitales de provincia que tiene España, en dos terceras partes no hay ni una modesta sala de predicación; en la mayor parte de las ciudades de importancia todavía no ha resonado el Evangelio; en millares de pueblos pequeños no se ha predicado aún el mensaje de salvación. ¿Por falta de hombres? ... Indudable. ¿Por falta de recursos? ... Indiscutible. Pero también por falta, y mucha falta, de estrategia. Se ha tendido siempre a intensificar la Obra en unos cuantos lugares, en tanto que se dejaban huérfanos de predicación a otros. Al cabo de dos

tercios de siglo de labor de evangelización, ¿hay algún pastor que crea que no ha llegado la hora de empezar, ¡siquiera de empezar!, a estudiar este asunto? Debemos dar ya por terminado el tiempo en que el pastor creía que su mi-

sión estaba reducida a ver la manera de aumentar el número de miembros de su congregación y a proveerles del necesario alimento espiritual. Sin dejar esta labor de la mano, hoy debemos tener horizontes más amplios y miras más elevadas; hoy debemos imitar a Wesley, y decir: «Toda España es mi parroquia», y exclamar con Knox: «¡Señor, dame España, o me muero!» Hoy debe preocuparnos tanto la Obra confiada a nuestro cuidado como la Obra de los demás, es decir, debe preocuparnos la obra común de ganar España para Cristo.

Otro asunto que va a ser estudiado es el del sostenimiento propio. Un asunto de distinta índole, pero también de grande importancia; un asunto que se ha tenido muy descuidado y que ahora llama urgentemente a nuestras puertas; un asunto que demanda pronta solución y que exige se vayan poniendo ya en él los primeros jalones. ¿Qué pastor no quisiera verlo resuelto ya?... ¿Qué miembro de cualquier Iglesia no desearía verlo solucionado?... Sin atajo no hay trabajo, y sin estudio no hay solución.

Y así podríamos ir enumerando los asuntos propuestos para estudio, y se vería cuán justificada está la Conferencia, y cuán digna es de que todos, todos los pastores le presten sus simpatías, sus oraciones y su asistencia. ¿Que hay que hacer sacrificios?... Se hacen, porque la cosa lo merece. Las cosas fáciles las hace cualquiera; las cosas difíciles, las hacen pocos; las cosas más difíciles las hacen los héroes; y los pastores evangélicos de España han demostrado en más de una ocasión ser héroes, y seguramente lo demostrarán una vez más. ¡A la Conferencia, pues! Que si nosotros no podemos hoy por hoy resolver por completo estos asuntos, los resolverán los que nos sucedan, pero nosotros, a lo menos, habremos dado los primeros pasos y puesto los primeros jalones. Principio quieren las cosas, y ha llegado ya el momento de que todas esas cosas, de tan transcendental importancia para la Obra, den comienzo, pues si no se empiezan nunca, nunca podrán verse realizadas.

Pero hay algo más que todo esto, y que bien merece un cambio de impresiones, un tacto de codos, entre todos los que en España estamos dedicados a la predicación del Reino de Dios. ¿Se están fijando nuestros colegas en el rumbo que la cuestión religiosa va tomando en el Parlamento y cómo poco a poco se va desfigurando el laicismo de nuestra República? Sea por la ausencia de los diputados verdaderamente liberales, sea por lo que sea, lo cierto es que se van tomando acuerdos de un marcado tufillo clerical. Un día es el conseguir los dieciséis millones y medio para el clero; otro día es el hablar de la Ley de Prensa, un verdadero atentado a la Prensa liberal, sin que de ello se escape nuestra modestísima Prensa; otro día es la cuestión de la Masonería... Cosas todas ellas que no se consiguieron con la Monarquía, ni siquiera con la Dictadura, y que se están consiguiendo con una República. Y ya verán ustedes cómo, si a los clericales les dan mimbres y tiempo, se atreven a mayores cosas. Y cuando estamos viendo todo esto, que puede ser nuncio de algo que nos toque más de cerca, ¿debemos permanecer cruzados de brazos como si viviéramos en el más feliz de los mundos?... Digan, pues, nuestros amigos si no está más que justificada la Conferencia de Pastores.

FERNANDO CABRERA.

LA OBLIGACIÓN DEL PASTOR

No ocultamos la profunda preocupación que sentimos por el tema. Más de una vez, reunidos en deliberación con personas interesadas en el problema religioso de España, ha surgido de distintos labios el mismo lamento: «faltan obreros»; añadiendo algunos: «y muchos de los que hay, no son aptos». ¡No son aptos! Ya se entiende qué es un obrero apto. Para cualquier profesión podemos entenderlo perfectamente, pero en la del pastorado — permítanlo decirlo con todo el respeto que nos merecen las opiniones ajenas — muchos — e incluimos en el adverbio a bastantes pastores —, no saben qué es un obrero apto; ignoran mucho de lo que hay en las obligaciones del pastor. Y no es por falta de literatura sobre el asunto. Acerca de las instrucciones que en el Antiguo Testamento se dan sobre lo que debían ser los sacerdotes se ha disertado de largo en artículos y libros, haciendo derivar mucho de lo que hay en aquellas instrucciones sobre los deberes del moderno pastor. Y mucho más copiosa es aún la literatura impresa comentando lo que en el Nuevo Testamento se recomienda a los que apetecen la dirección de una Iglesia. No hay, pues, ignorancia por falta de orientación en el asunto. La hay, sí, por falta de preocupación; porque es asunto en el que se ha dejado que otros digan, pero muy pocos se han puesto a meditar seriamente en lo que se pide.

En el curso de la vida hemos tomado parte en varias consagraciones al pastorado evangélico y siempre han sido actos que nos han conmovido profundamente, no sólo por la solemnidad de los mismos, sino pensando en su gran transcendencia. Y en la parte que en aquellos actos nos ha correspondido actuar, hemos procurado poner todo cuidado en hacer y decir lo que en conciencia nos ha parecido más conveniente en el caso. En una de estas ocasiones, al dirigirnos a los candidatos al pastorado, les exhortamos encarecidamente a que renunciasen a su ministerio si era que en realidad no tenían algo que llevar en sí mismos; si era que ellos mismos no se consideraban capaces de ser ejemplos y epístolas vivas del Evangelio que pretendían predicar... Recordamos dos comentarios que se nos dió sobre aquella exhortación por dos distintos pastores. Uno de ellos dijo: «le aconsejo que cuando predique no esfuerce mucho la voz; no es necesario». El otro, estrechando con fuerza nuestra mano, nos dijo: «me ha impresionado profundamente lo que usted ha dicho». Con ser tan distintos estos dos comentarios, ellos nos sirvieron como ejemplo de cuán diferente es entendido el deber del pastor por las distintas personas. Para una es asunto de forma en el que tiene mucho que ver el tono de la voz, la toga, y, hasta si a mano viene, el quemar o dejar de quemar incienso en el lugar del culto los días de Jueves y Viernes Santo. Para otros es cosa más seria y pro-

funda en la que juega papel importante la doctrina, la vida y las inclinaciones del individuo.

«Si alguno apetece obispado — decía San Pablo escribiendo a Timoteo — honrosa cosa desea.» Pero tanto tiene de honor como de carga, en el sentido de responsabilidad. Ya indica el mismo Apóstol que el obispo ha de ser irreprochable y debe llevar una vida santa; hemos de añadir también, que debe tener talento y experiencia, junto con celo y caridad. Su puesto de pastor le obliga a procurar, por todos los medios, la edificación de la Iglesia a su cargo, excitando la piedad de los fieles, y ésto no lo podrá cumplir si no es irreprochable en sus costumbres.

Desde el momento en que un hombre se consagra al ministerio de la Iglesia está obligado, no sólo a separarse de las costumbres de pecado del mundo, sino de todo aquello que tenga la menor apariencia pecaminosa. En él deben brillar las virtudes como la luz, para hacer fruto, y si no tiene virtudes edificantes y ejemplares, lejos de hacer honor a su ministerio, lo hará vil y despreciable. Podrá decir las cosas más hermosas y desarrollar los temas más importantes de la moral cristiana, pero siempre ocurrirá que la gente atenderá más a lo que hace que a lo que predica. Por la falta de cuidado en esto es por lo que muchas veces las gentes desprecian y desacreditan los principios del Evangelio. Pero si los pastores saben vivir según el espíritu de su vocación, siempre podrá ocurrir que si hay ovejas que se descarrían, vuelvan al redil, aunque no sea más que por la confusión que sentirán de llevar una vida tan contraria de aquella que conocen en el pastor; pero desgraciadamente ocurre en algunos casos que los mayores defectos se encuentran en los modelos y entonces la salud se hace casi imposible. Hay que tener en cuenta que todo el porte del pastor está expuesto a los ojos del mundo: sus gestos, sus acciones, hasta sus vestidos. Algunas veces decimos: «A ver si yo, porque soy pastor, me voy a privar de esto o de lo de más allá». No vamos a señalar de qué cosas puede usar y de cuáles no un pastor, dentro de lo que se reputa como lícito para cualquier persona honrada, pero bueno es no olvidar que todo él está expuesto a los ojos de los demás.

El pastor está obligado a dar consejos y no son pocas las veces que tiene que reprender y corregir, y nunca podrá tener autoridad para hacerlo bien si no es de conducta edificante y ejemplar. Únicamente su propia virtud es la que le proporciona autoridad para alentar a los débiles, consolar a los afligidos y reprender a los que se descarrían. Pero si es conocido por un espíritu vengativo, o por sus murmuraciones, avaricias, envidias, etc., y se le ve interesado, irreconciliable, detractor y dado a la sensualidad y al placer, ¿qué autoridad tiene? Lejos de santificar el Evangelio en su persona y de hacerle honor, no hará otra

cosa que exponerlo a las burlas del mundo.

Dos desgracias hay que temer en los pastores: la ignorancia y la cobardía. Si no instruyen a la congregación conforme es necesario y no se dirigen a su conciencia porque carecen de luces, es señal de ignorancia. Pero si teniendo luces lisonjean a los miembros y les disfrazan la verdad, son unos cobardes. De cualquier modo que la cosa suceda, siempre serán culpables. Por eso en el pastor debe verse unida una buena y santa vida a un profundo conocimiento de la Escritura. Ser muy conocedor de la Biblia y llevar una vida irregular, es semejante a la bujía, que alumbrá por fuera, pero se consume al mismo tiempo por su propio fuego. Ser de buenas y ejemplares costumbres e ignorantes al mismo tiempo, es semejar a aquellas bellas estatuas que encontramos en los parques públicos que no muestran camino alguno ni a nadie sirven de guía. La doctrina sin la vida, puede hacer al hombre soberbio; la vida ejemplar sin el conocimiento, le hace infructuoso e inútil.

El principal cuidado del pastor es el de velar por la grey; tener cuidado de ella; defenderla, aun con riesgo de su propia vida. Toda la vigilancia del buen pastor es a favor de sus ovejas, al contrario de la del asalariado, que es tan sólo hacia sus propios y personales intereses. El buen pastor procura proporcionar buenos pastos a sus ovejas; el falso, vivir de sus despojos. Algunos han tomado esta última figura tan directamente, que se han dicho: «¡Ya está! Lo que tengo que hacer como pastor es predicar bien; éste es el buen pastor». Y preocupados de la belleza de sus sermones dedican a ellos todo esmero, creyendo que nada más puede ni debe pedirles en su trabajo. Equivocación grande. El pastor es un predicador de la Palabra, cierto; pero el ser predicador *no confiere a nadie el título de pastor*. Cualquiera de los miembros de la Iglesia puede predicar y hasta es posible que lo haga de manera más elocuente y brillante que el pastor, sin que la cosa signifique desdoro para éste. Pero por encima de la predicación el pastor tiene una multitud de obligaciones en las que es sumamente peligroso que incurra en algún error, obligaciones que vienen a revelar la verdad de su consagración y en las que se pone a prueba su humildad junto con su saber. Y hay otra obligación que está tomada directamente de la figura tipo — el pastor de los rebaños —: la de vigilar.

Si la única obligación del pastor fuese la de predicar, poca cosa sería, y aún así, ¡pobres de muchos pastores! Se encontrarían muchas otras personas que lo sabrían hacer cien veces mejor que ellos. Pero durante la vida hemos llegado a conocer a muchos pastores que, gracias a Dios, han sido excelentes y ejemplares, pese a sus predicaciones bastante mediocres. Ha sido cosa bastante fácil criticar sus sermones y a más de uno de esos censores de saldo que uno encuentra por el mundo los hemos oído comentar en tono festivo. Sí, es cosa fácil criticar un sermón, sobre todo por los que

ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

CONFERENCIA DE PASTORES

19 al 21 de Marzo de 1935: Valencia.

ESTÁN oficialmente invitados a asistir a esta Conferencia y a tomar parte en sus deliberaciones, sin necesidad de especial invitación: a) Todos los pastores que tengan Iglesias confiadas a su cuidado, sin distinción alguna de denominación; b) Todos los evangelistas que tengan congregaciones o grupos de hermanos confiados a su cuidado; c) Todos los pastores ordenados, aun cuando no tengan actualmente congregación alguna.

La Conferencia se ajustará al siguiente programa:

Días de sesión, del 19 al 21 de Marzo.

Cada día será dedicado al estudio de cada una de las tres ponencias.

La sesión de la mañana comenzará a las nueve y media con una breve reunión devocional. A las diez dará comienzo el estudio de la ponencia respectiva, pudiendo hacer uso el ponente hasta de una hora, como máximo, para la explanación y ampliación de los asuntos que abarca su ponencia.

Después habrá dos turnos en contra y otros dos en pro, siendo uno de éstos concedido al ponente, si así lo deseara.

La sesión de la tarde comenzará a las tres y media, dedicándose las primeras horas a preguntas y objeciones sobre los asuntos tratados en la sesión de la mañana. Los oradores no podrán hacer uso de más de diez minutos para las preguntas y las respuestas. La última hora de la sesión de la tarde, de seis a siete (o antes si las circunstancias lo permiten), será dedicada a los acuerdos y resoluciones que procedan.

Los asuntos propuestos están clasificados en tres Ponencias.

Ponencia A. — A cargo de D. Percy Buffard, y que se tratará el primer día:

La evangelización de las regiones no evangelizadas.

Cooperación más cordial y continua entre

las Iglesias, en tanto que no sea posible la unión de las Iglesias.

Lo que podría requerirse para que un pastor sea aceptado en todas las Iglesias.

El sostenimiento propio.

Ponencia B. — A cargo de D. Progreso Parrilla, y que se tratará el segundo día:

Medios de fomentar la vida espiritual en las congregaciones.

Pastorado itinerante interdenominacional.

Himnario único y Montepío de obreros evangélicos.

Ponencia C. — A cargo de D. Agustín Arenales, y que se tratará el tercer día:

El divorcio.

Relaciones entre las Iglesias evangélicas y el Estado.

Los pastores y evangelistas que asistan a la Conferencia, al llegar a Valencia recibirán un sobre, conteniendo: el programa y reglamento de la Conferencia; copia de las tres ponencias, con margen para anotaciones, y un folleto descriptivo de Valencia.

Repetimos que es preciso solicitar los alojamientos con la mayor urgencia, y, si es posible, antes de terminar este mes. Las solicitudes deberán dirigirse a D. Daniel Regaliza. Calle Baja, número 31, Valencia.

Han anunciado ya su asistencia a la Conferencia, D. Santos Molina, de Sevilla; don Progreso Parrilla, de Linares; D. Percy Buffard, de Valdepeñas; D. Salvador González, de Puertollano; D. Juan Orts González, de Málaga; D. Benjamín Heras, de Zaragoza; D. José Crespo, de Cartagena; don Agustín Arenales y D. Pedro Giménez, de Barcelona; D. Juan Flidner y D. Fernando Cabrera, de Madrid; D. Atilano Coco, de Salamanca; D. Vicente Francés, de Carlet, y D. Elías Araujo, de Madrid.

¡Hay que aclarar eso!

¿Los Bautistas, no son protestantes?

Hemos recibido varias cartas sobre el asunto que motivó esta pregunta, y que no publicamos porque al pedirsenos que omitamos el nombre del firmante, su testimonio carece de valor. Y publicamos las dos cartas siguientes, porque se nos ha suplicado reiteradamente su publicación. Con ello, y por nuestra parte, damos por terminado este asunto, que juzgamos suficientemente aclarado.

ACLARACIÓN

Acabamos de leer en ESPAÑA EVANGÉLICA el artículo que con el título «Hay que aclarar esto», escribe D. Fernando Cabrera, comentando un suelto publicado por *El Eco de la Verdad*.

Aunque no nos creemos con autoridad para ello, por el honor que el señor Cabrera nos hace mencionando el discurso del que suscribe en el pasado Congreso, nos parece oportuno ofrecer con toda cordialidad la aclaración que pide, o por lo menos nuestra humilde opinión personal que confiamos pueda servir de aclaración.

En primer lugar, debemos decir que el artículo publicado en *El Eco de la Verdad* lo fué por iniciativa espontánea del director de esta revista, como creemos que lo sería el comentario del señor Cabrera. Sobre la conveniencia de publicar tanto el uno como el otro artículo puede haber opiniones diversas.

Lo que nos interesa únicamente es hacer presente que la contradicción que observa el señor Cabrera entre el artículo del Doctor Lee y el común concepto de protestantismo de los bautistas, proviene del punto de vista en que se considere la cosa, y en último término nos parece que ambos tienen razón.

El Dr. Lee afirma que los bautistas no han surgido de otro sistema religioso, y añade: «Por esta razón no me considero protestante, según la forma general de concebir a éstos». Esto da lugar a pensar que en otro concepto o forma no rehusaría el Dr. Lee ser llamado protestante, como no lo han rehusado muchos millares de bautistas distinguidos.

Somos protestantes, en efecto, en el sentido que protestamos junto con hermanos de muy diversas denominaciones de un gran número de abusos y prácticas contrarias a las enseñanzas del Nuevo Testamento, y rehusamos someternos a las órdenes del que sin motivo ni razón alguna desearía ser jefe y mandatario absoluto de todos los que profesamos el nombre de cristianos. Pero afirmamos con el Dr. Lee que nuestro protestantismo no procede de la Reforma, sino que la precede. Los lectores que leyeron el discurso que ESPAÑA EVANGÉLICA tuvo a bien publicar: «Por qué nos llamamos evangélicos, protestantes, y sobre todo cristianos», recordarán seguramente este punto de vista expresado en las siguientes palabras: «El Cristianismo evangélico trata de



S. GIL, NÚM. 1, 4.º, 2.º — BARCELONA — APARTADO 967.

REVISTA FAVORITA DE PEQUEÑOS Y GRANDES

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Una peseta.

Muchas láminas, fotos y dibujos. — Gran número de historietas bíblicas y cuentos. — Concursos con valiosos premios. — Rompecabezas, etc. —

120 páginas anuales sumamente interesantes e instructivas.

Verdades no puede faltar en ningún hogar cristiano.

menos saben hacerlos, pero ¡cuidado!, que no es tan fácil burlarse del que hace bien y lleva una vida irreprochable. Saber predicar sobre doctrinas de las que la congregación no sabe ni media palabra, o saber remover por medio de sermones en serie dificultades teológicas en las que, en fin de cuentas, no ha tropezado ni uno de los que nos escuchan, es pura pedantería que está al alcance de muchos aunque carezcan de talento: les basta contar con una regular biblioteca. ¿Pero qué tiene que ver todo ello con los deberes del pastor?

ELÍAS B. MARQUÉS.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

unir más y más a los hombres a Cristo y a su Evangelio, y si Cristo es el centro, cualquier esfuerzo para unirnos a este centro es inevitablemente unirnos a otros. Y tenemos pruebas de ello. Ustedes saben bien que aun cuando el nombre de protestantes nació en la dieta de Spira, no era aquél el primer movimiento protestante y evangélico que se producía en el mundo; antes que Lutero, Zwinglio o Calvino, estaban los protestantes Valdenses, y los protestantes Husitas y los Pedrobruísianos, los Arnaldistas, los Anabaptistas. . . »

Es una realidad innegable que en todos los tiempos ha habido cristianos que entendieron igual que nosotros el asunto del bautismo y algunos otros principios de organización eclesiástica que poco a poco han adoptado también otros cuerpos eclesiásticos protestantes. De manera que en el aspecto de repudiación del dogma romano, en lugar de rehusar el nombre de protestantes, deberíamos llamarnos: muy protestantes o protestantísimos. . . Pero en el sentido histórico el Dr. Lee tiene razón.

Nuestro más ferviente deseo es que hubiésemos llegado todos los cristianos evangélicos a la unidad de fe y práctica que hiciera innecesario el uso de nombres denominacionales, y nos parece que la dificultad mayor para ello no proviene del bautismo, ni de los cristianos llamados bautistas. Por el alto concepto que el señor Cabrera nos merece creemos que él está precisamente mucho más cerca de los bautistas españoles, en cuanto a doctrina, que de muchos otros protestantes de nombre, pero que de hecho se hallan demasiado cercanos de un racionalismo anticristiano, o de Roma. Esta unidad de corazón y mente es a nuestro entender la que vale y viene a ser mucho más importante que toda otra fórmula exterior de unión, aunque ¡ojalá hubiésemos llegado a aquella también!

Por esto nos alegramos de que el señor Cabrera se proponga comentar punto por punto los que señala el Dr. Lee como principios distintivos entre creyentes bautistas y no bautistas, porque de veras celebraríamos que a pesar de las diferencias de práctica resultara que en el propósito e interpretación de ciertos principios bíblicos, nos encontráramos más cerca unos de otros de lo que pensábamos.

¡Dios quiera que así sea para bien de la verdad evangélica y de nuestra amada patria!

SAMUEL VILA.

Tarrasa, 7 de Febrero de 1935.

Este número ha sido visado por la censura.

El próximo número de este periódico se publicará el próximo jueves, día 28, y estará dedicado al Domingo de la Biblia.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Fernando Cabrera:

Mi querido amigo y hermano: Me han enviado el suelto publicado por usted en ESPAÑA EVANGÉLICA, titulado: «¡Hay que aclarar esto!», Los bautistas, ¿no son protestantes?», acompañado de un sabroso comentario. Mi comunicante conoce, desde luego mi opinión sobre este asunto, y creo adivinar su deseo de que mi modesta persona contribuya a la aclaración solicitada. Esta razón, y la aun más importante de afirmar usted que «todos estábamos completamente equivocados», me impulsan a solicitar de su amabilidad la publicación de estas líneas, para que quede bien claro que hay por lo menos un protestante (creo que habrá bastantes más), que no estaba equivocado, ni completamente ni a medias, sobre esta cuestión que tanto confusionismo ha originado.

No es que los bautistas no sean ya protestantes. Es que no lo han sido nunca, teniendo, por lo tanto, toda, absolutamente toda, la razón el Sr. Lee. Hace ya varios años que he llegado a esta conclusión, y precisamente por las mismas razones que usted alega para tratar de demostrar lo contrario.

He tenido ocasión de conversar con muchos amigos bautistas, así como «hermanos». Tanto unos como otros sostienen, lo mismo que el Sr. Lee, que los protestantes tenemos nuestro origen en los reformadores. Ellos, por decirlo así, no datan, o por lo menos nos niegan el ser fieles seguidores de Cristo y sus discípulos. He llegado a oír, en el colmo de las concesiones que nos hacen, que todos somos hijos de Dios, pero que ellos son hijos más obedientes que nosotros. Excusado es decir que se refieren a la práctica del bautismo.

El hecho de que haya bautistas y «hermanos» que son miembros de la Alianza Evangélica Española, no se puede utilizar como argumento. No hay que olvidar que las circunstancias les obligan a acogerse a la protección de un organismo donde se encuentran elementos netamente protestantes y que son los que saben desenvolverse mejor en toda clase de gestiones cerca de los representantes del Poder público. Están en la Alianza por propia conveniencia y porque ésta no se llama Protestante, sino Evangélica; término algo ambiguo y que es la causa de la confusión que motiva su artículo. Y aun podríamos contar algo muy interesante sobre este punto, si llega la ocasión para ello.

Otro tanto se puede decir de los testimonios publicados en ESPAÑA EVANGÉLICA (no Protestante, entiéndase bien). Sobre ser el único periódico importante, y al cual forzosamente tienen que acudir, pretendiendo muchas veces hasta controlarlo, los firmantes eran simplemente miembros bautistas o «hermanos» que no han llegado tampoco a «aclarar» esta cuestión todavía. Para argumentar, hemos de atenernos siempre a las manifestaciones de elementos destacados de

ambas Iglesias. Esto nos lleva, como de la mano, al último punto.

Elemento destacado es, en efecto, el pastor bautista D. Samuel Vila. El hecho de que en el pasado Congreso Evangélico (recalcamos que no se llamaba Protestante), no tuviese inconveniente en pronunciar la frase «somos protestantes», debe atribuirse principalmente a su buen deseo, del cual participan otros colegas suyos españoles, de llegar a una unión, o al menos una federación, con las Iglesias protestantes, por exigirlo la realidad. Pero apenas muestran con alguna claridad esta buena disposición de ánimo, sus superintendentes extranjeros se apresuran a desautorizarlos públicamente. ¿No recuerda usted, mi querido D. Fernando, la carta abierta dirigida a usted y publicada en *El Eco de la Verdad*? Los firmantes de aquella carta, señores Gill y Bengtson, sostenían que para llegar a la unión había que llegar antes a la unidad. Esta carta quedó sin la oportuna contestación en ESPAÑA EVANGÉLICA (1).

Y esto constituye el abismo que nos separa. Para salvarlo, exigen que pasemos por el aro, reconociendo el bautismo de creyentes, por inmersión, como el único bautismo en conformidad con las Escrituras, según ellos. Su intransigencia en este punto, con su consecuencia obligada, como es la no admisión a la Santa Cena de los que no lo han practicado, es y será siempre la dificultad principal para la unión que tanto desean. Practican la «mesa cerrada» a piedra y lodo, sin perjuicio de mantener el «púlpito abierto» para poder aprovechar el manjar espiritual que constituye la palabra de los más destacados predicadores protestantes.

Podríamos escribir extensamente sobre tan interesante cuestión. Por hoy basta con decir que el protestante que firma no precisa aclaración ninguna, porque hace ya bastante tiempo que se ve libre de este confusionismo. Este protestante, que se honra en ser miembro de la congregación que usted pastorea, le agradece anticipadamente la publicación de estas líneas y le reitera una vez más el afecto y cariño que le profesa.

Suyo afectísimo amigo y hermano en Cristo,

GERMÁN ARAUJO.

Teruel, 15 de Febrero de 1935.

N. de la D.—Aquella carta no se contestó por delicadeza.

Giros congelados.

Suplicamos a cuantos nos envían giros postales tengan la amabilidad de notificarnos la aplicación que debemos darles.

Desde hace tiempo tenemos en nuestro poder los siguientes giros, cuyo objeto ignoramos: 35 pesetas, Valencia; 55 pesetas, Alicante; 6 pesetas, Beas de Segura, y 6 pesetas, Málaga. Esperamos una palabra de los remitentes, para no dar a estas cantidades una aplicación equivocada.



REVELACIÓN

Lo que seremos y dónde estaremos.

NADIE puede decir de un niño a las pocas horas de nacido cómo va a ser, o lo que ha de ser cuando sea mayor. Sabemos que padres gruesos han tenido hijos delgados, e hijos gruesos han tenido padres delgados. Mi padre dice de mí que cuando yo nací él me ponía sobre una almohada tan pequeña, que cabía en la palma de su mano. Él es un hombre bajo; sin embargo, yo mido hoy seis pies y ocho pulgadas, esto es, ocho pulgadas más alto que mi padre, y peso doscientas libras. Era imposible haber adivinado mi apariencia actual juzgando por la estatura de mi padre o por el pequeñísimo bebé que él llevaba en su brazo.

También es imposible decir cómo será el carácter de un hombre juzgándole por lo que es de pequeño. Hombres buenos han tenido hijos buenos, pero también es verdad que padres buenos han tenido hijos malos, y que hijos buenos han salido de padres malos. El primer niño que nació en este mundo fué un hijo de grandes esperanzas. Su madre le llamó Caín, que significa «adquisición», o como lo podríamos parafrasear: «¡Aquí está por fin!», y después Eva añadió: «Adquirido he varón, Jehová», porque ella creyó que este niño sería el redentor que Dios había prometido en el huerto del Edén cuando ellos pecaron. Sin embargo, aquel niño creció y fué un hombre que aborreció la Palabra de Dios y la idea de la salvación por la sangre, y que mató a su hermano, porque Abel fué aceptado por la gracia de Dios, y él, Caín, fué rechazado porque vino al Señor presentando sus buenas obras. Seguramente al contemplar un niño podemos decir que no se ha manifestado aún lo que ha de llegar a ser.

Esta frase: «no se ha manifestado lo que hemos de ser», hará recordar al lector de la Biblia la gran promesa del futuro de los creyentes. Dios mira a aquéllos que han aceptado a Jesucristo como a hijos suyos. Aquéllos que estaban lejos han sido hecho cercanos por la sangre de Cristo. Ellos no eran hijos de Dios, pero ahora Él les ha dado el derecho de serlo. Ellos han nacido de nuevo. Al permanecer ellos en medio de este mundo, sin haber sido cambiados exteriormente en el momento de haber creído, son, sin embargo, poseedores de una gran promesa que nos dice lo que han de ser.

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre», nos dice el Espíritu Santo por medio del Apóstol Juan, «que seamos llamados hijos de Dios: por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce a Él. Muy amados,

ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es». San Juan, III, 1, 2.)

Tomemos algunos ejemplos para ver cómo ocurre esto. En el libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos la historia de la regeneración de tres grandes hombres. Los hijos de Noé que salieron del Arca con él después del Diluvio, eran Sem, Cam y Japhet. Toda la raza humana descende de estos tres hombres. Los descendientes de Sem son los Semitas. Los descendientes de Cam, son la raza negra, y los de Japhet, las razas de los Gentiles.

En el libro de los Hechos vemos que el Evangelio tiene poder para salvar a todas las razas de la Humanidad. Dios escoge a tres hombres, cuyas historias están relatadas en detalle, para demostrar que el Evangelio de Jesucristo es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, esto es, para cualquiera de los descendientes de los tres hijos de Noé. El eunuco de Etiopía, Saulo de Tarso, el judío conocido por San Pablo, y el oficial romano, Cornelio, ahí están estos tres hombres, representando a toda la raza humana, habiendo sido objeto de la gracia divina, enseñándonos que el Evangelio es para todo aquel que cree.

Felipe encontró al Etíope y le señaló a Jesucristo como el Salvador. El hombre creyó. Pasó de muerte a vida, y continuó su viaje. Según las apariencias él era el mismo oficial de la corte de Etiopía; a simple vista, ningún cambio fué operado en él.

Saulo de Tarso encontró al Señor en el camino de Damasco. La luz del cielo le resplandeció. Él creyó en Jesucristo como Jehová y una nueva vida fué plantada en él. Hubo un cambio físico en él que podía ser notado por todos, pero este cambio no vino porque Saulo había nacido de nuevo, sino porque la Luz del Cielo fué demasiado fuerte para los ojos terrestres, y Pablo estuvo temporalmente ciego, pero él siguió siendo, según las apariencias, el mismo judío, la mente más elevada que esa raza de nobles intelectos ha producido en toda su distinguida historia.

Cornelio era un centurión romano de la cohorte Italiana. Él era un hombre de buenas cualidades, caritativo y devoto. Fué Pedro quien predicó el Evangelio a Cornelio, abriendo así la puerta de la Salvación a los Gentiles. Se ha hablado mucho acerca de las llaves de San Pedro. Una vez fueron usadas en el día de Pentecostés, cuando Pedro predicó el primer sermón de la era evangélica al pueblo de Israel, diciéndoles que Jesús era el Mesías, el Salvador. Pedro usó las llaves por segunda y última vez

cuando el Evangelio fué predicado por primera vez a los Gentiles en la casa de Cornelio. Desde aquel día la puerta de salvación ha estado abierta, y no se necesita otra llave que un corazón rendido ante el veredicto de Dios de su condición perdida, y que acepta el veredicto de Dios acerca de la satisfacción eterna de todas las demandas de santidad y de justicia que el Señor Jesucristo ha provisto por su muerte en el Calvario. La puerta está hoy abierta y permanecerá así hasta que Jesucristo cierre el día de gracia a su segunda venida. Cornelio creyó y fué salvo, pero, según las apariencias, él siguió siendo el mismo noble oficial romano.

He aquí estos tres hombres: el Etíope, Pablo y Cornelio. Ellos representan toda la raza humana. Ellos confesaron con su boca que Jesús era Cristo el Señor y creyeron en sus corazones que Dios le levantó de los muertos, como señal y sello de que eran aceptados por los méritos de la muerte de Cristo. Pasaron de muerte a vida; fueron nacidos en la familia de Dios y les fueron dados todos los títulos a la herencia futura que era de ellos en Cristo. Pero no se manifestó entonces lo que habrían de ser.

Estos tres hombres murieron. Sus cuerpos fueron presa de la corrupción y de la muerte, fueron enterrados y se volvieron polvo. Pero ellos viven. Tenemos evidencia demostrable para esta esperanza en que Jesucristo fué resucitado de los muertos. Porque Él vive, nosotros también viviremos. Y si la Palabra de Dios nos dice que aun no se ha manifestado lo que hemos de ser, ¿no nos da esto una indicación de los grandes cambios que han de verificarse en nosotros, si hemos de resucitar de los muertos y reinar para siempre con el Señor de gloria?

Sí, la revelación del plan de Dios para con nosotros no termina con la presentación del método que Dios tiene para justificar a los hombres, o con su método de proporcionarles el poder para vencer el pecado en su vida diaria, sino que va más allá y nos lleva al futuro, demostrándonos que la salvación incluye la ausencia de la misma presencia del pecado y el cambio de nuestros cuerpos para que puedan ser moradas apropiadas de los espíritus que comparten con el Esposo celestial todas las glorias del trono del universo.

¿Qué, pues, seremos nosotros? Primeramente tenemos su gran promesa: «Sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él». ¿Qué es lo que esta promesa incluye?

Adán fué hecho a la imagen de Dios, pero perdió esa imagen cuando pecó, y ningún hombre desde entonces tiene el derecho de decir que los miembros de la raza humana son a la imagen de Dios. Pero lo que fué perdido en la caída del hombre como resultado de la entrada del pecado, es ganado en el nuevo nacimiento por la entrada de la vida de Cristo. Cuando un hombre nace de nuevo, leemos en Colosenses, tiene una nueva naturaleza: el nuevo hombre, «el cual por el conocimiento es renovado con-

forme a la imagen del que lo crió» (Colosenses, III, 10). También encontramos en la Epístola a los Efesios que esta nueva naturaleza «es criada conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad» (Efesios, capítulo IV, versículos 23, 24). La «imagen» y «semejanza» de Dios en las cuales el hombre fué creado en el principio, se refiere a la semejanza moral e intelectual de Dios; semejanza en «conocimiento», en «justicia y en santidad de verdad».

Esta es verdaderamente la posesión presente de cada hijo de Dios. Pero poseemos este tesoro en vasos de barro. Aunque es verdad que poseemos, cuando nacemos de arriba, la vida que es a la semejanza moral e intelectual de Dios, y aunque deseamos que el nuevo hombre sea el que domine nuestras vidas, encontramos, sin embargo, que el viejo hombre es indomitable y que, a pesar de nosotros mismos, constantemente nos impide nuestro progreso espiritual.

Cuando a la venida de Cristo seamos como Él es, el viejo hombre nos será quitado para siempre. No habrá entonces posibilidad de impedir o retardar el dominio completo de nuestro ser por la vida del Espíritu. Porque seremos semejantes a Cristo y en aquel día podremos decir: «Viene el Príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí»; es decir, no habrá en nosotros el más mínimo vestigio del viejo hombre capaz de caer en la tentación. La santidad positiva y dominante será entonces nuestra para siempre. Éste es lo más glorioso de todo lo que ha de venir todavía al creyente.

Se nos dice en las Escrituras que Dios nos ha hecho sus herederos, y coherederos con Cristo. Es una cosa gloriosa ser heredero de uno que tiene grandes riquezas, y ciertamente Dios que es el Creador de todas las cosas, es el Ser más rico del universo entero, aun de la manera que los hombres cuentan las riquezas. Pero no estamos tan interesados en la certeza de que somos herederos de todo lo que Dios tiene, como en la certeza de que heredaremos lo que *Él es*. Su justicia, santidad, equidad, amor, verdad, todas estas cosas que ya tienen sus raíces en nosotros, porque hemos nacido de nuevo, estas cosas florecerán en nosotros sin obstáculo. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Ésta es una promesa maravillosa. Pero aun más grande es la promesa de que nunca más tendremos hambre o sed, porque la justicia y santidad *serán* nuestras para siempre.

En segundo lugar, también sabemos que seremos semejantes a Él en nuestros cuerpos físicos. Somos criaturas de dolor y penas, sufrimiento y muerte. La muerte pasó sobre toda la raza humana por causa del pecado. Con el pecado y la muerte vinieron el dolor y el sufrimiento que éstos ocasionan. Pero para el creyente todo esto terminará un día. Tendremos nuevos cuerpos.

¿Cómo serán estos nuevos cuerpos? En la Biblia encontramos la contestación a esta pregunta. Leemos en la primera Epístola a los Corintios que tendremos cuerpos espirituales, es decir, cuerpos dominados por el

espíritu en lugar de dominados por el yo y la carne como ahora. Estos cuerpos nuevos serán incorruptibles. El cuerpo que tenemos ahora es corruptible, sujeto a enfermedad y decadencia. Se vuelve polvo. Los nuevos cuerpos han de ser incorruptibles. Más aún, han de ser inmortales. Nunca más los afectará ningún cambio.

Si tenemos dudas acerca de los nuevos cuerpos que tendremos, éstas desaparecerán si consideramos lo que Dios nos dice, que el cuerpo futuro del creyente será como el cuerpo que el Señor Jesucristo tuvo después que resucitó de los muertos. Leemos en la Palabra de Dios: «Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestra bajeza (es decir, el cuerpo decayente y mortal), para ser semejante al cuerpo de su gloria, por la operación con la cual puede también sujetar a sí todas las cosas» (Filipenses, III, 20, 21).

Jesucristo tenía un cuerpo que estaba sujeto a las flaquezas de nuestra raza. Él tuvo hambre y sed, padeció cansancio y sueño. Él fué preso, juzgado y sentenciado a muerte de cruz. Fué clavado en el madero y de sus heridas fluyó sangre y así murió. Su cuerpo fué enterrado en un sepulcro, y una gran piedra fué puesta a la entrada. Tres días más tarde, ángeles del cielo quitaron la piedra de la puerta del sepulcro, y el Señor no estaba dentro. Es evidente que el cuerpo resucitado del Señor Jesucristo estaba sujeto a ciertas leyes naturales que todavía están por descubrir. Él había salido a través del material de piedra y no estaba en el sepulcro. Pocos días más tarde, cuando los discípulos estaban en un aposento cerrado, Cristo se apareció en medio de ellos. Otra vez vemos que las leyes que gobiernan nuestros cuerpos no son las mismas leyes que gobernaban el cuerpo del Señor después de su resurrección. Sin embargo, el suyo era un cuerpo material y tangible. Él dijo al incrédulo Tomás: «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpad, y ved, que el espíritu ni tiene carne ni huesos, como véis que yo tengo» (Lucas, capítulo XXIV, versículo 39).

Una vez más Él demostró que su cuerpo resucitado no estaba sujeto a las limitaciones físicas ordinarias, porque mientras sus discípulos le miraban, Él fué alzado al cielo, y una nube le recibió y le quitó de sus ojos.

Cuando se nos dice que habremos de tener cuerpos como el cuerpo glorificado de Cristo, sabemos que ha de ser igual a ese cuerpo que Él tenía después de la resurrección. Era el mismo cuerpo, no nos equivocamos, el mismo cuerpo con que Él murió; pero era un cuerpo cambiado, transformado, un cuerpo de gloria. El nuestro será semejante al cuerpo de nuestro Señor. ¡Animense los ciegos y los inválidos! ¡Animense los

viejos! ¡Animense los que han perdido seres queridos! El día viene cuando nosotros que hemos creído en Cristo, seremos semejantes a Él.

Y ahora viene otra pregunta: ¿dónde estará Cristo?, ¿dónde estaremos nosotros? Hemos visto ya lo que seremos, y esto es una figura gloriosa: cuerpos transformados, herederos de su justicia, santidad y conocimiento; semejantes a Él. Y esto es asombroso hasta lo indecible. Pero, ¿podemos saber dónde estará el creyente?

Un ser querido, o algún amigo, muere. Vemos su cuerpo frío e inmóvil. No se parece en nada a aquella persona viva que hemos conocido. ¿Es este cuerpo el ser querido que ha muerto? No, y mil veces no. De la misma manera que un sobre no es la carta o el estuche de una joya no es la piedra preciosa, así tampoco el ser que amamos es aquel cuerpo yerto. Dios no nos deja en duda acerca de esto. Es más, Él nos dice que no quiere que ignoremos acerca de los que duermen este sueño de muerte, para que no nos entristezcamos como los otros que no tienen esperanza. Dios nos dice claramente lo que sucede a los creyentes en el momento de su muerte física. Pablo habla de la certeza que el creyente tiene de la vida futura. Él nos habla de los deseos que tenemos de estar en nuestro estado eterno y perfecto. Él nos da la enseñanza de Dios que hemos sido creados para la eternidad y que el Espíritu Santo nos ha sido dado como garantía de esa vida. Entonces escribe: «Estamos confiados, digo, y deseosos más bien de ausentarnos del cuerpo y estar presentes con el Señor» (V. M.) (2.ª Cor., V, 8).

No nos proponemos hablar ahora del cielo ni de su lugar. La Palabra de Dios habla mucho acerca de él, pero todas las cosas no pueden decirse en un mensaje. Nos contentaremos solamente con meditar en la frase «con el Señor», como la esencia de todo lo que es perfección para el creyente en Cristo. Estar con Él es estar en la fuente de toda vida, y toda luz, y todo poder, y toda santidad. Eso nos basta.

Entonces para el creyente el morir es pasar de las escenas de esta tierra a la presencia del Señor. La transición no puede definirse de otra manera; ausentes del cuerpo, presentes con el Señor. Naturalmente que esto está en contra de la doctrina que enseña que hay un estado intermedio entre la tierra y el cielo para aquel que ha creído en Jesucristo como Salvador. No hay ni una palabra en toda la Biblia que enseñe tal cosa; pero si hay enseñanza positiva en este pasaje, que dice que estar ausentes del cuerpo es estar presentes con el Señor.

Hay otro pasaje que nos enseña, no solamente que no hay estado intermedio entre la tierra y el cielo para aquel que muere habiendo sido justificado por la fe en Cristo sino que además nos enseña que no hay estado de inconsciencia, sueño del alma, entre la muerte física y la venida del Señor. En la Epístola a los Filipenses tenemos la gran declaración de Pablo: «Porque para mí el vivir es Cristo (o Cristo es mi vida) y el morir es ganancia» (I, 21). Los únicos

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

EL ABC DE LA BIBLIA

CAP. XXXVIII.-LA REPRESENTACIÓN EN EL MONTE

que pueden enseñar que hay un estado intermedio entre la tierra y el cielo, para el creyente, o que el alma está en un sueño inconsciente después de la muerte, son aquellos que nunca han aprendido la verdad gloriosa de que Cristo es nuestra vida ahora, aquí en la tierra. Y el Apóstol continúa con esta poderosa refutación de esta doctrina falsa, diciendo que él está puesto en estrecho entre dos deseos, estando ansioso de partir y estar con Cristo, que es mucho mejor; y también queriendo permanecer en la tierra por causa de otros que todavía podían ser enseñados por él y fortalecidos en las verdades de Cristo para que crecieran espiritualmente.

No hay que dudar lo que Dios enseña. El partir, es decir, el morir, es *ganancia*; es estar con Cristo, lo cual es mucho mejor.

El rey Salomón nos dice que un perro vivo es mejor que un león muerto; y ciertamente un creyente en el Señor Jesucristo vivo, sabiendo todas estas bendiciones, está mejor que uno que duerme inconsciente. El sueño del alma no sería *ganancia*; no sería *presentes con el Señor*, no sería tampoco partir para *estar con Cristo, lo cual es mucho mejor*. Sino que sería peor.

Seremos semejantes a Él. La muerte lleva al creyente a estar con el Señor. Pero, ¿qué será de la generación que vea venir al Señor de gloria? Leemos en ese gran secreto revelado por Dios a nosotros, que no todos moriremos, sino que todos los creyentes serán transformados. Porque cuando Cristo venga, los cementerios de la tierra darán los cuerpos de aquellos que han creído en Jesucristo; sus espíritus consentidos vendrán con Él de la gloria para habitar sus nuevos cuerpos, transformados en un momento a semejanza de su cuerpo glorificado; y la generación de creyentes que viva en aquel entonces será transformada en un momento, en un abrir de ojo; sin morir. Juntamente con nuestros seres queridos que han muerto seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, teniendo nuestros cuerpos nuevos, eternos e incorruptibles; y así estaremos siempre con el Señor.

D. G. BARNHOUSE


Preguntó en cierta ocasión el Emperador Trajano a un cristiano: «¿Por qué vuestro Dios no puede ser visto por ojos mortales? Vosotros decís que Él está en todas partes; me gustaría mucho verle». «Seguramente nuestro Dios está en todas partes», contestó el cristiano, «pero ningún ojo mortal puede ver su gloria». El Emperador pidió más explicación. «Bien», contestó el cristiano, «Supongamos que vayamos primero a ver a uno de sus embajadores», y así diciendo suplicó al Emperador que mirase cara a cara al deslumbrante sol. «¿Vuestra Majestad no puede mirar a una de sus criaturas? ¿Cómo es posible que pretenda ver al Creador y vivir?»

MUCHO antes del nacimiento de Isaac, Dios le había dicho a Abraham que todas las promesas serían cumplidas en su hijo Isaac. Era Isaac el que sería padre de muchos. Esto quería decir, naturalmente, que Isaac llegaría a ser hombre, casarse y que tendría una familia. Dios le dijo esto a Abraham de una forma que Abraham creyó a Dios sin duda alguna. Su fe era firme y segura. Abraham sabía que lo que Dios había dicho sucedería, porque las promesas de Dios son más seguras que el curso de los astros en sus órbitas. Así es como todos debemos creer a Dios.

Ahora llegó el momento para la segunda escena de nuestra representación. Dios habló a Abraham y le propuso algo muy difícil, no solamente para probar su fe, sino para representar el más grande acontecimiento de la vida de Cristo. La dura prueba que Dios dió a Abraham fué ésta: Que tomara a Isaac, su hijo, aquél a quien Dios había dado las gloriosas promesas, que le llevara a la cima de un monte, el monte Moria, y que le ofreciera en holocausto. Abraham se quedaría sorprendido al oír este mandamiento de Dios, pero él no titubeó. Ya él había ofrecido muchos corderos en holocausto al Señor y sabía cómo había de hacerse. Primeramente se hacía un altar de piedras, se ponía leña encima, se colocaba después el cordero, atándolo encima del altar, entonces un cuchillo era introducido en la garganta del animalito y su sangre corría por la leña y las piedras del altar mientras moría; y, por último, se le prendía fuego a la leña, y el cuerpo del cordero era consumido por el fuego.

¡Sacrificar a su hijo! ¡Qué prueba más terrible era ésta para el padre Abraham! Aunque él la soportó tan bien, seguramente le fué muy duro obedecer a Dios. Pero Abraham vió el fin desde un principio, y sabía que Dios se vería obligado a hacer un milagro para cumplir su promesa. Así que Abraham estaba tan seguro de la promesa de Dios que cogió a su hijo y lo llevó a sacrificar sin la menor duda de que le traería otra vez vivo consigo, aunque él no sabía cómo Dios lo haría.

Supongámonos que el Dios Todopoderoso te hablara hoy desde el cielo, de una manera tal que no habría lugar a dudas, y te dijera que tú habrías de hacer, en el mes próximo, una obra para Él. Tú crearías lo que Dios te ha dicho y estarías seguro de que para hacer lo que Dios te ha dicho es necesario que estuvieras vivo para ese mes. Ahora dime: ¿tendrías mucho miedo de morir en este mes si fueres atacado de una fiebre mortal? Si realmente has creído lo que Dios te ha dicho estarías perfectamente tranquilo.

Recomiende a sus amigos
 ESPAÑA EVANGÉLICA

lo, aunque la fiebre fuera tan alta como para romper el termómetro. Te dirías: «Aun cuando muere, Dios tendrá que resucitarme antes de Marzo para que se cumpla su Palabra».

Éso fué lo que se dijo Abraham con respecto al sacrificio de su hijo Isaac. Dios había dicho que Isaac llegaría a tener hijos. Isaac no los tenía todavía, pues aun no se había casado. Ahora Dios mandó que Abraham sacrificase a Isaac. Abraham pensaría: si Dios ha dicho que ofrezca a mi hijo Isaac, Él tendrá después que resucitarlo para que cumpla su promesa. Dios no puede hacerse mentiroso.

Así, Abraham tomó a Isaac y llegaron a la cima del Monte Moria. Hicieron el altar, la leña fué colocada, e Isaac fué puesto sobre el altar. Ahora el momento terrible había llegado. Abraham levantó el cuchillo para matar a su hijo. Por lo que tocaba a Abraham, en su corazón él había obedecido a Dios, y para él Isaac estaba muerto ya. Pero Dios no quería que Isaac muriera, sólo que representara su parte en esta gran representación. De manera que Dios llamó a Abraham desde el cielo y le dijo que detuviera su mano y que no hiciera daño al muchacho. La escena de muerte estaba terminada. Un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos estaba a la vista; Dios lo había provisto para el holocausto en lugar de Isaac. Entonces Abraham cortó las cuerdas que sujetaban a Isaac, y esto es la representación de otra escena, porque cuando Isaac se levantó del altar, fué lo mismo que que si se hubiera levantado de los muertos.

Dios mismo nos dice que esto fué lo que pasó. No es algo que hemos imaginado. Veamos lo que dice Hebreos, XI, versículo 17, y pensemos al leerlo en esta representación de que hablamos. «Por fe (creyendo la Palabra de Dios) ofreció Abraham a Isaac cuando fué probado, y ofreció al unigénito (su nombre en la representación) el que había recibido las promesas (acerca de Isaac y su descendiente), habiéndole sido dicho: en Isaac te será llamada simiente (Isaac viviría y tendría hijos): pensando que aun de los muertos es Dios poderoso para levantar (para cumplir su promesa dada); de donde también le volvió a recibir por figura (representación).

¿Podía ser esto más claro? Nos dice que Abraham fué el padre que ofreció a su hijo unigénito, de la misma manera que el Padre celestial dió a su Hijo unigénito para ser ofrecido en la cruz. Isaac también representó la muerte de Cristo, que murió en la cruz como moría el cordero en el altar, y Dios hizo posible que él representara la resurrección también levantándole del lugar de muerte. Tenemos, pues, en la vida de Isaac, el nacimiento milagroso de una virgen de nuestro Señor Jesucristo, su muerte y su resurrección. Todavía algo más.

Un enemigo de la Biblia ha escrito que la Biblia no es la Palabra de Dios porque dice que Dios mandó a Abraham que matara a Isaac y que él no cree que Dios hubiere pedido tal cosa. ¡Pobre incrédulo ciego! Para poder entender la Biblia tenemos que verla a través de Cristo. Entonces sabemos por qué Dios hizo estas cosas. Dios no quería la muerte de Isaac, por eso Él proveyó un carnero. Cuando Cristo murió no había nadie para que tomara su lugar, porque era necesario que hubiera un Salvador. Él murió para que tú y yo pudiésemos vivir.

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta.

¿Ejercitamos la fe o es que descansamos en ella?

Respuesta.

Leemos en Romanos, XII, 3, que Dios ha dado a cada hombre la medida de fe. ¿Puede haber una medida de fe más pequeña que la de un grano de mostaza? Y sin embargo el Señor Jesucristo dice que el que tuviere fe como un grano de mostaza puede remover montañas. Cada hombre tiene la posibilidad de esa fe. Algunos la ejercitan para vida eterna, y otros no la usan, sino que la ejercitan para la credulidad, y creen las necedades de la imaginación de los hombres y no las verdades de Dios. El hombre es responsable, aun en vista de la doctrina de la elección.

La Biblia también nos enseña que la fe es un don de Dios. «Por gracia sois salvos por la fe, y esto (la fe) no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef. II, 8). Ha sido Dios quien ha puesto la fe en los hombres. No es algo que tiene su origen en el hombre, sino que Dios la ha puesto en él, dando al hombre la responsabilidad de usar esa fe para creer en Él. Dios ha plantado en

Un médico puede prescribir un veneno. Este matará o curará, según la dosis sea mortal o esté combinada con otros ingredientes químicos que cambie el veneno en medicina curativa. Hay algunas doctrinas bíblicas que tomadas de por sí solas son venenosas, pero que combinadas con otras verdades de la Palabra son de grande bendición. La vida de Jesucristo tomada como ejemplo puede ser un veneno espiritual para el hombre que no ha nacido de nuevo. Es completamente imposible para el hombre no regenerado vivir como Cristo, y si él piensa que puede y trata de hacerlo, esto impedirá que crea y acepte a Cristo como Salvador y no como ejemplo solamente. Cuando hemos aceptado la sangre de Jesucristo como el precio pagado por nuestros pecados, únicamente entonces es posible tener al Señor resucitado habitando en nuestros corazones y haciendo posible que vivamos una vida semejante a la de Él.

cada corazón humano la posibilidad de creer. Si el hombre no desea creer a Dios, Dios lo sabe, pero siempre la responsabilidad descansa en el hombre.

Pregunta.

¿Qué es la muerte, y qué sucede al hombre que muere sin haber creído en Jesucristo?

Respuesta.

La Biblia nos dice que hay dos clases diferentes de muertes, la una es el fruto de la otra. La muerte física no necesita definición; es cuando el espíritu y el alma del hombre dejan su cuerpo terrenal el cual se vuelve polvo. La muerte verdadera, sin embargo, es la muerte espiritual. «Vosotros que estáis muertos en vuestros delitos y pecados» (Ef., II, 10). «La que vive en delicias, viviendo está muerta» (1.ª Tim. capítulo V, versículo 6). Estos versículos nos demuestran que la palabra «muerte» es aplicada a los hombres estando ellos vivos físicamente.

La muerte espiritual tiene dos fases. La primera fase de esta muerte espiritual pasó a toda la raza humana con el pecado de Adam, «...el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron» (Rom., V, 10). En esta muerte todos los hombres de la raza humana han nacido. Es posible escapar de esta muerte espiritual por medio del nuevo nacimiento. El camino de escape está siempre en esta vida.

El hombre que muere fuera de Cristo sencillamente pierde su cuerpo físico, y continúa viviendo en esa muerte espiritual que es no tener relación con Dios. La muerte espiritual no quiere decir, de ninguna manera, que el alma duerme. En el gran día de la resurrección el hombre recibirá un cuerpo eterno preparado para llevarlo a la segunda fase de la muerte. Esto empieza cuando, después del juicio de los muertos ante el Gran Trono Blanco, será echado en el lago de fuego, que es la muerte segunda. Se puede probar por las Escrituras que esta segunda muerte no termina el estado consciente de los hombres, como tampoco lo hace la primera fase de la muerte.

Tengamos cuidado de evitar el error de llamar a la muerte física la «primera muerte», y al castigo la «segunda muerte». La muerte física es simplemente un incidente que señala ciertas causas. No tiene nada que ver con la posición espiritual del hombre sino para indicar que perteneció a una raza sobre la cual había pasado la muerte espiritual. La redención hecha por Cristo no quita el castigo de la muerte física para el creyente, a no ser para aquella generación de creyentes que vivan a la venida de Cristo.



Si usted encuentra en su paquete mayor número de ejemplares de los que tiene suscritos, empléelos como propaganda.

Lea Ud. esto.

Un libro que Ud. debe poseer. RÍOS DE AGUA VIVA

**Cómo se obtienen.
Cómo se mantienen.**

Estudios acerca de los bienes que el creyente posee en Cristo

POR

RUTH PAXSON

Edición limitada. No deje usted pasar más tiempo sin adquirir su ejemplar. Es de inestimable valor para los jóvenes y recién convertidos, y para todos cuantos deseen experimentar las dichas de una vida en contacto con Dios.

Precio: **Una peseta** ejemplar. Descuento: 25 por 100 en pedidos mayores.

Escriba hoy a

**SOCIEDAD DE TRATADOS EVANGÉLICOS
Beneficencia, 18 (anejo) 1.º.
MADRID**

Podéis juzgar vuestro estado de progreso espiritual por lo que pensáis acerca del cielo. Cristo dijo que en la casa de su Padre había muchas moradas. Hay muchos cuyos pensamientos de la vida eterna no van más allá de esto. Pero el Señor siguió diciendo: «Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo». Esto es mucho más que cualquier mansión. Si aprendemos el gozo que viene de la certeza de esperar verle, encontraremos que, contemplándole, seremos transformados de gloria en gloria a su semejanza.

**Cuando haya leído este periódico,
no lo tire; envíelo a algún conocido.**

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1935

España y Portugal.

Año 6,— ptas.
Semestre 3,— »

Paquetes desde 10 ejemplares:

Trimestre, por ejemplar 1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar 2,50 »
Año, por ejemplar 5,— »

América.

Año 10,— ptas.
Semestre 5,— »
Paquetes, por ejemplar 8,— »

Los demás países.

Año 12,— ptas.
Semestre 6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BENEFICENCIA, 18. + MADRID (4)
Teléfono 33590.**

Cristo y la Fraternidad Universal.

Trabajo que obtuvo el primer premio en el Concurso internacional para la juventud, organizado por el «Consejo Ecueménico de Cristianismo práctico» y la «Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias».

Autor del trabajo: Elli Panagôtidou, de Grecia.

PARA encontrar una relación entre las dos expresiones que tenemos en meditación, o sean: «Cristo» y «Fraternidad universal», tenemos primeramente que ver lo que ellas significan.

Es triste, muy triste, confesarlo, pero a mi gran pesar me veo en la obligación de declarar que hay muy pocos hombres que sepan algo de positivo referente a Cristo. Para la mayor parte de la gente Cristo es una persona histórica y nada más. Para otros es un Dios, persona de la Santísima Trinidad, el hijo de Dios, el bienaventurado hijo de la Virgen María, etc., etc. Para otros es por completo desconocido; y otros lo consideran como si no existiese. Que Cristo ha derramado su preciosa sangre para lavar los pecados; que Él es el único Salvador de toda la Humanidad, y de cada uno de nosotros como individuo, si le queremos solamente admitir en nuestros corazones; esto es conocido por un número muy reducido de gente. Pero aun así, por muy pequeño que sea el número de los que lo saben, sea donde sea, el Cristo de quien vamos a hablar con referencia a la fraternidad universal, es el Cristo Dios y Salvador del mundo.

Por lo que se refiere a la expresión «Fraternidad Universal» estoy seguro de que cualquiera persona a quien usted se dirija le puede dar una respuesta satisfactoria sobre el particular. En todas las ocasiones en las que he oído opiniones referente a «Fraternidad Universal», me ha impresionado una cosa, y es, que todos han declarado que la «Fraternidad Universal» es algo muy difícil y hasta algo irrealizable. Comprendo que digan que es una cosa muy difícil, pero no estoy de acuerdo con que sea una cosa irrealizable. Solamente un corazón que aun no ha conocido a Cristo puede afirmar semejante cosa. Y efectivamente, ¿cómo sería posible que alguien pensase de otra forma mientras no haya conocido a Cristo, único medio que une a los hombres estrechamente, los unos a los otros, y que les puede hacer amar aun a los mismos enemigos?

Teniendo, pues, presente el Espíritu de Cristo, como Salvador que se da a sí mismo en rescate por muchos y en «Fraternidad Universal» realizable, vamos a ver cómo la presencia de lo uno puede influir en lo otro. Cristo ha existido, existe y existirá independientemente de la fraternidad universal, pero ¿será posible que la fraternidad universal se manifieste jamás sin Cristo? ¡No, nunca! Se ha tenido conferencia sobre conferencia, innumerables tratados han sido firmados, se ha constituido la Sociedad de Naciones, y todo esto con el fin de instaurar la paz entre los hombres,

de volver amigos a todos los hombres. Pero todas estas cosas, todos los esfuerzos de aquellos que las han organizado, los que tomaron y los que toman parte activa en las conferencias, los tratados de la Sociedad de Naciones, no son nada más que un paso muy pequeño hacia la fraternidad universal. Los que trabajaron y los que trabajan en este sentido pueden ser muy fervientes discípulos de Cristo y cumplir sus consejos, pero esto no es lo suficiente; es muy poco. La fraternidad universal solamente llegará cuando la masa de los hombres haya dado sus corazones a Cristo como su morada y su trono. «No mi voluntad, sino la tuya». Así hablaba Cristo a su Padre. Pero nosotros podemos también decirle la misma cosa.

Y he aquí la cuestión: ¿cómo podemos todos formar una amistad real con Cristo para así quedar hermanos los unos de los otros? Cristo, la única verdadera perla en el mundo, puede ser comprada por el más bajo precio. No hay ninguna necesidad de ofrecer millones para que Él nos visite. La única cosa que Él exige de nosotros ante todo, es la FE en Él. ¡Qué precio más sencillo para tan grande tesoro! ¡La fe y nada más! Una vez que hemos creído en Cristo, Él mismo hará todo lo demás. Él viene a nuestro corazón y nos conduce según su deseo. Él hace que le amemos, que nos confíemos a Él del todo, que le esperemos, y cuanto más busquemos estar en relación con Él, más nos dará luz para nuestra regeneración y para la vida de santidad que resulta de esto. Una vez que este cambio ha tenido lugar en el individuo, es decir, una vez que la fraternidad de cada uno con Cristo está realizada, la fraternidad entre los hombres, los unos con los otros, o sea la fraternidad universal, de la que nos ocupamos aquí, llegará por múltiples vías como una consecuencia natural.

Todas las formas por las que viene la fraternidad universal, entran en un solo factor. Vamos a escudriñar cuál sea este factor y cuáles sus consecuencias.

Una vez que tenemos fe en Cristo, no solamente en su existencia y su divinidad (pues muchos ya hacen esto), sino en Cristo como nuestro Salvador, no podemos menos de amarle con todo nuestro corazón. Si alguien salvare nuestra vida de un peligro terrenal nos sentiríamos obligados a él durante toda la vida. Pero en el mundo, más allá de la muerte, este salvador no podría responder ni por un solo cabello de nuestra cabeza. ¿Cómo podríamos mostrar nuestra gratitud a Cristo que nos guarda en nuestra vida terrenal y que también nos asegura nuestra vida futura, la vida eterna, que no se puede comparar a los pocos

años de la vida terrenal? Si tuviésemos que decirlo por nosotros mismos, no sabríamos cómo agradecerse. Pero es Cristo mismo quien nos lo hace fácil, diciendo: «si me amáis, guardaréis mis mandamientos», y asimismo: «un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros». Vemos, pues, que si la mayoría de los hombres creyesen en Cristo como su Salvador, el amor de cada uno para Cristo conduciría al amor al prójimo; y el amor al prójimo, que en su forma más perfecta no puede existir entre nosotros sino por Cristo, es precisamente el gran paso hacia la fraternidad universal. ¡Amor! Es ello el más importante factor que nuestra fe en Cristo nos da para asegurar una fraternidad universal-internacional. Claro está, como ya lo hemos dicho, que la fraternidad universal estará asegurada en gran manera cuando la mayoría de los hombres tenga este sentimiento de amor para el prójimo. Un número muy limitado de gente ya tiene este sentimiento de amor real contra su prójimo, pero este número es extremadamente pequeño comparado con el número de habitantes de la tierra. Además, no es suficiente que sólo los gobernadores y los dirigentes de las naciones sean discípulos de Cristo, para que la fraternidad universal pueda venir por los esfuerzos de ellos. La semilla del amor al prójimo, a la cual Cristo daba una importancia excepcional, debe arraigarse primeramente en los corazones de individuos separados. Y cuando una proporción grande de individuos, comparado con el total de los habitantes del globo se haya aprendido a amar, entonces la práctica de este amor se originará en todos los demás círculos, es decir, en la familia, entre los amigos, en el círculo de trabajo individual de cada uno, en la sociedad donde cada uno vive, en la ciudad, en el Estado, en el país, la nación a la que él pertenece y, en fin, a través del mundo entero.

Si alguna vez el amor al prójimo quedara tan extendido en el mundo (¡Quiera Dios que así sea!), que la mayoría de los hombres le poseyeran, entonces la fraternidad universal sería asegurada de la misma manera que ahora reina una enemistad universal, porque la mayoría de los hombres no da ninguna importancia a «Cristo» y al «amor», que tienen la audacia de llamar viejos términos, ideas pasadas. El amor es capaz de hacer nacer un acontecimiento de tal importancia. ¿Cómo se realizará esto?

He aquí cómo se realizará: El amor jamás viene sólo. Esta reina (y verdaderamente es una reina), visto que tiene una tan grande autoridad, está siempre acompañada por un séquito numeroso de siervos y seguidores que la ayudan y la sostienen a cada paso. La fe, la esperanza, la paciencia, la templanza, la perspicacia, el perdón, el sacrificio, la diligencia, la delicadeza, el respeto, la probidad, la veracidad y todas las virtudes en general son los medios que el amor emplea. Es menester recordar que todas estas virtudes, como siervos y seguidores del reino del amor, deben ser y son muy activas. Cada una entre ellas

está obrando de día y de noche en varias direcciones. Pero tienen todas el blanco común. Se esfuerzan sin descanso en vencer las innumerables heridas sociales que afligen al género humano. Trabajan en desarraigarlas completamente y de instaurar en el mundo en su lugar el reino de ellas, el amor, que conducirá al pueblo a una fraternidad universal de un valor único y extraordinario.

Alcanzarán su blanco, esforzándose cada una de estas virtudes en producir resultados diferentes. La desaparición de las preocupaciones nacionales y religiosas, la aversión contra el pecado, el evitar actos hostiles, la supresión del crimen, todas las cosas contribuyen a realizar el fin principal de la acción de amor de Cristo por medio de diferentes virtudes que este mismo amor nos inspira. ¿Qué más necesitaría la Humanidad si estos males sociales desapareciesen? No tendría nada más que hacer, sino seguir una línea recta sin obstáculo alguno y entrar en posesión de la paz y de la tranquilidad ofrecidas a ella por la fraternidad universal que resultara.

Claro está, a consecuencia de todo lo dicho, la fraternidad universal no puede llegar más que por el amor de Cristo, es decir: *sólo y únicamente por Cristo*.

¿Seremos juzgados dignos, nosotros representantes de la actual generación, de una tan grande bendición, de una verdadera fraternidad universal?

Que la veamos o no, es seguro que todos aquellos entre nosotros que creen realmente en Cristo, debemos consagrar todas nuestras fuerzas para extender su amor. Si es necesario para nosotros sacrificar nuestros intereses personales, sacrifiquémoslos para el bien de la colectividad. Si es menester aguantar penas y fatigas físicas, vamos a hacerlo. Si encontramos una oportunidad de hablar de Cristo, aprovechémosla. Si las ocasiones no se presentan ellas mismas, tratemos de crearlas, pero de la manera más delicada y cortés, como es propio de cristianos. Si nos falta elocuencia, hablemos por la pluma. Si también este don nos es negado, entonces hablemos por nuestra conducta. Hagamos todo cuanto esté en nuestro poder para aumentar el número de los discípulos de Cristo mismo. En el caso de que nuestros esfuerzos no obtengan el éxito apetecido ni la victoria deseada, ésto no significa de ninguna manera que quedan sin fruto. Los representantes de futuras generaciones aprovecharán nuestros esfuerzos. También contribuirán a hacer la amistad entre pequeños grupos un poco más estable. Si nunca podemos observar resultado alguno, no debemos desanimarnos de ninguna manera. Si la propagación del Cristianismo por nuestros medios no trae actualmente la fraternidad universal, impedirá a lo menos al género humano el caer aún más bajo después. Aunque hayamos dicho que no debemos considerar nuestro interés personal, aquí aprovecharíamos nosotros, sin buscar o quererlo. Porque Cristo ha dicho que cada vez que le confesemos delante de los que no le conocen, Él nos confesará delante de su

Padre. ¿Por qué, pues, parece tan difícil para los hombres aceptar a Cristo? Cristo no exige nada de nosotros que esté por encima de nuestras fuerzas. ¡Hay tantísimas otras cosas a las cuales el poder de los hombres no alcanza, y a pesar de todo se esfuerzan en conseguir! Pero cuando la cuestión de Cristo se presenta, ni siquiera tratan de aproximarse a Él.

Cristo solamente quiere hacer de nuestros corazones su trono. Él que lo sacrificó todo para toda la Humanidad, anhela ser glorificado en los corazones que Él ha conquistado. Pero, ¡ay!, gran parte del género humano le niega esta gloria. ¿Y qué ganamos rehusando entregar a Cristo nues-

tros corazones? ¿Guardámoslos para nosotros? Esto sería bueno, pero infelizmente no es esto lo que sucede. Los rehusamos a Cristo que los busca de la manera más suave y dulce, y luego es Satanás el que los roba por métodos traidores, y tan traidores que no sabemos cómo esto ha sucedido. ¿Y el resultado?... Enemistad, hostilidades, guerra.

Pongamos, pues, nuestra esperanza en Cristo, y trabajemos sin cesar para contribuir tanto cuanto podamos a una *Fraternidad universal* que solamente *por Cristo puede venir*.

(Traducción de Juan Weber-Dubois.)

DE LA OBRA EN ESPAÑA...

HACE SESENTA AÑOS

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia los siguientes párrafos de una carta de cierto suscriptor de *El Cristiano*, residente en un pueblo del Norte.

De la discusión nace la verdad. Pero que se haga la discusión con dignidad, templanza y respeto a la conciencia de los de contraria opinión.

Durante uno de sus viajes misioneros, el apóstol Pablo predicó en la sinagoga de cierta ciudad de Grecia. Los ciudadanos ni aceptaron ni rechazaron las nuevas doctrinas, pero se pusieron a escudriñar las Escrituras cada día para ver si las doctrinas de Pablo eran conformes con ellas.

Hagan otro tanto en España: discutan templadamente con la Palabra de Dios en la mano, y acepten solamente la doctrina que es conforme con ella.

He aquí los párrafos de la carta de nuestro amigo y suscriptor:

«En esta Villa se ha establecido una pequeña sociedad evangélica, la que se ha propuesto por de pronto leer *El Cristiano*, con el fin de enterarse de las doctrinas del Protestantismo, pues ya se van reconociendo los errores en que hemos estado viviendo.

«En el día de hoy (por la noche) ha tenido lugar la primera reunión en que se ha leído el último número de *El Cristiano* y después se ha hablado de la diferencia de fundamentos que existen entre romanos y evangélicos.

«El gran principio de la salvación entre los católicorromanos es las *buenas obras*; se atienen, sin duda, a que las obras son el fruto del hombre y que por el fruto se conoce el árbol, o al refrán castellano que dice: «Obras son amores, y no buenas razones».

«Pero ese mismo principio entre los católicos evangélicos es la *fe*, y se atienen a que de la fe nace todo lo que es verdaderamente bueno.

«Si la fe es causa de las buenas obras, resulta que éstas tienen el gran mérito de ser hechas por amor a Dios y a Jesucristo; si no es la fe la causa, no tienen ningún mé-

rito para con Dios, porque no son hechas por su amor.

«Los evangélicos no desechan las buenas obras, pero las consideran no como causa de la salvación, sino como efecto de la fe; sólo a los méritos de Jesucristo atribuyen la salvación, ensalzando de este modo más y más el amor de Dios para con los hombres; pero los romanos atribuyen la salvación parte a Jesucristo y parte a las buenas obras de los hombres, de modo que dan menos mérito a la obra de la Redención que los evangélicos. Si se limita el mérito de la obra de la Redención, también se limita el amor de Dios para con los hombres.»

Si en lugar de malgastar sus noches en conversaciones inútiles, los hombres la pasaran en tales reuniones, y con la Palabra de Dios en la mano averiguando qué es la verdad; de inmenso provecho sería para el bien de la sociedad y el porvenir de la patria. (*El Cristiano*, 20 de Febrero del año 1875.)

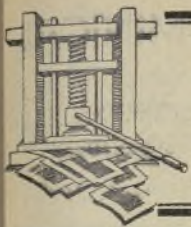
Tenemos la grata satisfacción de anunciar a nuestros lectores que el pastor don Ángel Blanco Fernández se ha hecho cargo de la Iglesia Evangélica de la ciudad de San Fernando. Dicho pastor ha sido muy bien recibido y asiste a los cultos gran concurrencia, según dicen las cartas de aquella localidad. Nosotros deseamos para aquella Iglesia abundancia de frutos espirituales y también una relativa prosperidad temporal. (*La Luz*, 27 de Febrero de 1875.)

El Nuevo Testamento

con notas destinadas a poner de relieve las verdades esenciales que él encierra, redactadas por el pastor Faivre, y traducidas al español por J. T. de la Cruz.

Interesante para estudio y consulta. De venta en la Librería Nacional y Extranjera. Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Precio: 1,50 pesetas.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Alianza Evangélica Española.

Siendo preciso dar cuenta a la Dirección General de Seguridad del número de miembros que constituyen esta Alianza, se están enviando hojas a todos los puntos donde existían miembros de ella. Se suplica a cuantos reciban dichas hojas nos las devuelvan **sin demora**, tachando de ellas las bajas y consignando las altas. Los evangélicos que deseen figurar en lo sucesivo como miembros y no hayan recibido ya estas hojas, hagan el favor de enviarnos su afiliación en una tarjeta postal: A todos les quedaremos sumamente agradecidos.

Una boda.

El Domingo 20 de Enero, y previo el contrato civil, celebrado el día anterior, se verificó, en la Iglesia de Jerez de la Frontera, el enlace de la señorita Carmen Hombro Ponzoa con D. Juan Máximo Salazar. La Iglesia estaba adornada con exquisito gusto, que hacía resaltar aún más la amplitud del hermoso templo. Guirnalda y palmas cubrían las paredes y un hermoso tapiz, obsequio de la desposada a la Iglesia, adornaba el frontispicio del Presbiterio.

Bendijo la unión el Rdo. Patricio Gómez, de Sevilla, y el numeroso público que llenaba el templo quedó gratamente impresionado de la solemnidad del acto, como asimismo del sermón que el Rdo. Gómez dirigió a los novios y al público en general. Fueron apadrinados por D. Cristino Séiz y su esposa, y durante el Servicio las niñas de nuestras Escuelas cantaron los himnos propios del caso y la antifona: «Honroso es en todos el matrimonio», de la liturgia de la Iglesia Española Reformada. Después se sirvió a los invitados, en el domicilio de la novia, un espléndido *lunch*. Deseamos que el Señor los bendiga en su nuevo estado.

Marcha sentida.

La Sra. D.^a María Cardonne y su hija Noemi, miembros que han sido por muchos años de la Iglesia de San Sebastián, al trasladar su residencia definitiva a Francia, saludan con toda efusión a sus amigos y hermanos en España y les ofrecen su nuevo domicilio en Burdeos, Rue Pelleport, 257.

Sentimos la marcha de tan buenos hermanos en la fe, y aunque ellos estén en el país vecino, seguirán estando en nuestros corazones.

IGLESIA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

Convocatoria a la XXXII Asamblea.

La Comisión permanente de la Junta general o Asamblea de la Iglesia Evangélica Española a los señores representantes de las Congregaciones de la misma:

Salud, paz y amor en el Señor Nuestro Jesucristo.

Amados hermanos: Habiéndose acordado en la XXXI Asamblea de la Iglesia Evangélica Española, celebrada en Madrid a raíz del Congreso Evangélico Español que en coincidencia con la proyectada Conferencia de Pastores que por el mismo se acordó se reuniera en Asamblea extraordinaria nuestra Iglesia, y preparada dicha Conferencia para los días 19 al 21 de Marzo próximo en la ciudad de Valencia, cumpliendo el mencionado acuerdo, os convocamos a esta Asamblea extraordinaria que, caso de seros posible asistir, celebraríamos, Dios mediante, en los días 20, 21 y 22, a las horas y en los locales que nos sea fácil aceptar.

Esta Comisión, convencida de la importancia que pueda tener en momentos tan críticos una Asamblea de carácter extraordinario, confía en que los señores pastores y delegados de nuestras respectivas Iglesias harán los mayores esfuerzos para asistir y tomar parte activa en sus deliberaciones sobre temas de actualidad que oportunamente se anunciarán.

Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con todos.

Barcelona y Madrid, el 18 de Febrero de 1935. — Agustín Arenales, Presidente. — Juan Flíedner, Secretario.

No olvide que el 28 de este mes termina el plazo para renovar su suscripción para este año.

Resultado de un Concurso.

En el número 691 de este periódico se anunciaron las bases para un concurso internacional entre la juventud, a fin de premiar los mejores trabajos sobre el tema: «Cristo y la fraternidad universal».

El concurso fué organizado por el Consejo Ecuménico de Cristianismo Práctico y la Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias.

Los trabajos presentados al concurso han sido ya examinados y concedidos los premios. En este número publicamos el trabajo que ha obtenido el primer premio, y en uno de los números próximos publicaremos el que ha merecido el premio segundo. Nos es muy grato consignar que entre los autores premiados con 5 dólares figuran: Antonio Anglada y Patricia Jackson, de España, y entre los favorecidos con medallas están D. Amado y D. Luis Nieto Guijarro. A todos nuestra sincero parabién.

EXTRANJERO

Un aniversario en Dinamarca.

La Iglesia Reformada Francesa y la Iglesia Reformada Alemana acaban de celebrar el aniversario CCL de la Carta extendida por el rey Christian V, de Dinamarca, el 3 de Enero de 1685, por la cual se concedía a los cristianos evangélicos el libre ejercicio del culto en sus estados. El rey Christian era luterano y había previsto que los protestantes perseguidos en el Oeste de Europa habrían de refugiarse en los países del Norte. La previsión del rey se vió confirmada por la revocación del edicto de Nantes, que obligó a los cristianos evangélicos franceses a buscar refugio en Dinamarca. La reina Carlota Amalia, de Dinamarca, que era evangélica también, demostró asimismo grandísimo interés porque la Carta fuera promulgada.

El rotativo inglés «The Times»...

que, por cierto, ahora hace ciento cincuenta años que fué fundado, fué uno de los primeros grandes periódicos de Europa que

Domingo de la Biblia: 3 de Marzo.

Algo que le interesa.

Señor pastor:

Usted siente profunda simpatía y amor por su denominación, y es justo. Pero usted siente mayor simpatía y amor por la causa del Evangelio en España. Por eso tiene necesariamente que estar interesado en los siguientes problemas:

La evangelización de las regiones no evangelizadas.

Cooperación más cordial y continua entre las Iglesias, en tanto que no sea posible la unión de las Iglesias.

El sostenimiento propio.

Medios de fomentar la vida espiritual de las Congregaciones.

Pastorado itinerante interdenominacional.

Himnario único y montepío de obreros evangélicos.

El divorcio.

Relaciones entre las Iglesias evangélicas y el Estado.

Todos estos asuntos van a ser estudiados en la Conferencia de Pastores que va a celebrarse en Valencia (Dios mediante) el mes próximo. Por eso su presencia en esta Conferencia es indispensable de todo punto.

Solicite sin demora su inscripción.

Pida urgentemente su alojamiento.

ofreció a sus lectores una sección especial de noticias referentes a la vida religiosa del país. Desde hace muchos años ha venido publicando cada semana — si no nos equivocamos — una meditación cristiana, verdaderamente admirable en su fondo y forma. Las columnas de dicho rotativo consagradas a «correspondencia particular», son una de las mejores fuentes de noticias sobre la vida de las Iglesias y sobre los problemas religiosos que preocupan a los ciudadanos ingleses.

Una reliquia menos . . . una verdad más.

El órgano de la Iglesia valdense italiana *La Luce* publica lo siguiente: «Desde la Edad Media se veneraba de manera especial en la antigua Iglesia de Cadouin, Francia, un lienzo de lino que, según fama, era el que había servido de mortaja al Señor y que se mantuvo milagrosamente incólume hasta el día en que los cruzados lo hallaron en una Iglesia de Antioquía y lo trajeron a Europa. San Bernardo, San Luis y muchos otros lo vieron, y cada año tenían lugar grandes peregrinaciones a la Iglesia de Cadouin. Hasta el reformador Calvino nombró la reliquia en cierta ocasión y dijo: «¿No os parece necio hacer grandes viajes y gastar tanto dinero por ver un lienzo de cuya verdadera procedencia no hay pruebas y de cuya atribución se puede dudar?». Pri-

mero fueron algunos investigadores orientistas quienes dudaron de la reliquia. Pero el año pasado fué un padre jesuita quien, habiéndola examinado a conciencia, se dió cuenta de que en el lienzo había letras árabes, que en tiempos de Jesús no existía aun dicha escritura. En vista de esto, las autoridades eclesiásticas se decidieron a poner el asunto en manos de un perito en textos arábigos, el profesor Wielt, director del Museo del Cairo, el cual ha encontrado también las letras árabes y ha podido descifrar un texto que verdaderamente indica que el lienzo procede de una época algunos siglos posteriores a la de Jesús».

El *Reformierte Schweizer Zeitung* hace, respecto a lo que antecede, el siguiente comentario: «Dan ganas de añadir unos comentarios, pero nos parece que en este caso vale más que la ironía el hecho de que la Iglesia romana en persona se haya decidido a retirar de la circulación un artículo de verdadero negocio, dado que se había probado su dudoso origen».

NOTAS BREVES

Iglesia Evangélica Metodista, Palma de Mallorca. — El día 3 del corriente fué bautizado en esta iglesia por el Rdo. Alfredo Capó, el niño Fermín, Ángel, Manuel, hijo de D. Aurelio Alou y de D.^a María Palanqués. Para el recién bautizado y para sus padres y hermanita deseamos muchas bendiciones de lo Alto.

Iglesia Española Reformada, Linares. — El 23 del pasado Enero y el 30, fueron bautizados los parvulitos Francisco y Ángel, hermanos del miembro de esta Iglesia D. Antonio López. El primero volaba al cielo pocas horas después, y el segundo lo hacía una semana más tarde, cuando ambos sólo contaban dos meses de edad. El día 26 del pasado Diciembre se dió sepultura a una niña de poco más de un año, hija de los miembros D. Ramón Peralta y D.^a Mariana Palacios. Y el 31 de Enero marchaba a la Patria celestial el niño de un mes, hijo de D. Antonio Jiménez. A los atribulados padres les acompaña en su dolor nuestra simpatía cristiana.

La Fraternidad, Monzón. — El día 1.^o de los corrientes durmió en el Señor nuestro muy querido hermano en la fe, D. Francisco Ascón Mur, a los cincuenta y cinco años de edad. Tanto en la casa mortuoria como en el Cementerio Municipal pudimos testificar una vez más de la esperanza del cristiano. Que el Señor derrame su bálsamo de consuelo sobre la viuda y los huérfanos que ha dejado, para que confíen siempre en Jesucristo.

El Sr. D. Severino Costales Fernández durmió en el Señor el 3 de Febrero de 1935, a los ochenta y dos años de edad. En cumplimiento de su última voluntad, se hace saber en esta fecha. Se invita al culto que se ha de celebrar en su memoria, en la Iglesia Evangélica del Buen Pastor (López de Hoyos, 120, Prosperidad), el viernes 22, a las ocho y media de la noche.

Alianza Evangélica Española.

Por los huérfanos de Asturias.

Suma anterior: 733,15 pesetas.

Recibido por el Tesorero de la Alianza: Unión Cristiana de Jóvenes, Valencia, 88,50 pesetas; Iglesia del Salvador, Madrid (añadido a colecta anterior), 1,80; Escuela Dominical, Ceuta, 18,55 pesetas.

Recibido en esta Administración y entregado al Tesorero de la Alianza: Urbano Macho, Soria, 2 pesetas; Esfuerzo Cristiano, Sevilla, 5 pesetas.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 10 de Marzo.

Pedro predica a los gentiles.

Hech., X, 34-48.

TEXTO ÁUREO: Dios no hace acepción de personas, sino que de cualquier nación que le teme y obra justicia, se agrada. — Hechos, X, 34, 35.

TÍTULO: El Evangelio para todos.

1) PROPÓSITO: Aprender que Cristo murió por todos.

2) INTRODUCCIÓN: A los ojos de Dios todos los hombres son almas que necesitan salvación. La misma enfermedad azota a todas las naciones: el pecado. La misma necesidad es sentida por todas las naciones: la salvación. Todos los hombres han sido hechos de la misma sangre, etc.

3) LA LECCIÓN: Pedro siempre había predicado a los de su propia nación. Ahora tiene que predicar a los extraños. Dios le prepara para esto. Relátese la visión de Pedro. Cornelio, el gentil, era piadoso y estaba listo para recibir al Señor Jesús. Dios le envía una visión. Relátese la visión de Cornelio. Cítese los puntos principales del sermón de Pedro en la casa de Cornelio. ¿Cuáles fueron los resultados?

Domingo 17 de Marzo.

Pedro, librado de la cárcel.

Hech., XII, 5-17.

TEXTO ÁUREO: La Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él. — Hech., XII, 5.

TÍTULO: Un ángel saca a Pedro de la prisión.

1) PROPÓSITO: Demostrar que Dios obra cuando nosotros no lo podemos hacer.

2) INTRODUCCIÓN: Describese una cárcel romana, muchas puertas, barras, cadenas y soldados. Recuértese cómo Pedro y Juan recientemente ya habían sido librados de la prisión por un ángel.

3) LA LECCIÓN: Relátese la lección tocando los puntos siguientes: 1, Herodes el perseguidor; 2, La muerte de Santiago, el hermano de Juan; 3, Pedro encarcelado y sentenciado a muerte después de la Pascua; 4, La Iglesia orando; 5, Un ángel librando a Pedro; 6, Pedro en la casa de María. Demuéstrese cómo el poder de Dios obra cuando al hombre le es imposible (abrió camino en el mar Rojo para su pueblo, derribó los muros de Jericó, etc.).

4) ILUSTRACIONES: Que citen los niños algunos casos en que los ángeles hayan protegido a los escogidos de Dios: En Sodoma sacaron a Lot; evitaron que Balaam mal dijese al pueblo de Dios.

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

D OÑA Beatriz Cañas, comadrona y enfermera, Ferlandina, 47, 3.^o, 1.^o, Barcelona.

J OVEN evangélico, soltero, se ofrece para auxiliar de escuela, conserje, portero, etcétera, en cualquier punto de habla española. — Juan Hurtado, Fernando Ruano Prieto, 1, Arjona (Jaén).